

# U N A M U N O

**"Un gran español, con el alma atormentada".**

**Antonio Cacho Zabalza.**

**"No tuvo Unamuno, Dios no lo quiso, la fe tranquila de quien descansa ya en este mundo como anticipación al descanso en el otro. Pero tampoco tuvo ese otro aparente sosiego del incrédulo que ni tiene a Dios ni sufre de su ausencia".**

*Nuestra revista se complace en reproducir aquí algunos trozos de la magnífica conferencia que con el título "Un gran español con el alma atormentada", dió en el Ateneo salvadoreño en Junio pasado el Embajador de España en la República de El Salvador, Excmo. Sr. Dr. D. Antonio Cacho Zabalza, con motivo del centenario del nacimiento de este genial escritor y filólogo español.*

En cualquier biografía se puede aprender que Unamuno nació el 29 de septiembre de 1864 en Bilbao; su infancia, sus estudios, sus Cátedras y su Rectoría. Yo tengo que señalar que a los catorce años comenzaron sus lecturas filosóficas. Empezó por Balmes y Donoso Cortés únicos autores filosóficos de que disponía la biblioteca de su padre. Y por Balmes, conoció a Kant —el de la razón pura— a Descartes, a Hegel y por entonces, él mismo lo cuenta, compró un cuaderno por veinticinco céntimos y empezó a desarrollar un sistema filosófico propio, muy simétrico y recargado de fórmulas.

Sospecho que ese sistema inicial había de ser anuncio constante de la inconformidad continua de su vida, pues eran las suyas —las he visto— fórmulas laberínticas, cabalísticas, embrolladas. De ahí que através de su vida los temas filosóficos le salieran en tropel, atropellados, sin claridad, aunque siempre en su actividad literaria se encuentra una solera o base filosófica.

Después de una breve excursión por el aspecto filosófico de Unamuno concluye Cacho Zabalza: Tengo para mí que Unamuno tenía siempre la lucha interna entre la razón y la fe, ocasionada por el racionalismo de un lado y el cristianismo de otro.

Y pasando a su labor literaria añade:

Mis palabras son para el mejor Unamuno, para el poeta singular y hondo, inmenso, directo, exento ahí del talante herético, reunión de alma y cuerpo, ciudad y paisaje, para el Rector inconforme consigo mismo, para el profesor de Griego que bebía en las mismas fuentes helénicas, en el romance de los dioses mitológicos del Olimpo.

Unamuno era un español esclarecido con emoción constante y con inconformidad sincera. En lo nacional advertía, gritaba una verdad que continúa siendo necesaria: sed auténticos, vivid la verdad desde la verdad. Y por ello fustigó a la República, la cual con un decreto memorable le destituyó de todos sus cargos e incluso de sus títulos académicos. Lo firmaba el que fue su amigo: Azafia.

Unamuno sobre todo era un gran español. Le dolía y sentía España, a la que adoraba sobre todas las cosas.

En cualquier momento y por cualquier motivo buscaba la resonancia de su propia preocupación. Hasta el paisaje, como dice Julián Marías, lo tomó como marco y escena de su propio vivir. Ante el paisaje hace sus soliloquios dialogando consigo mismo —monologando— de aquello en lo que pone su obsesionante consideración de la muerte y de la vida. Era como si se confesara sólo en voz alta. Amaba la naturaleza y a su manera se apasionaba con el campo y para él no había paisaje feo. Andarín empedernido podía decir como dijo que: "Uno de los mejores medios de cobrar amor y apego a la Patria era recorrerla paso a paso: su alma, su cuerpo, su suelo, su tierra". El campo le resultaba más entrañable que la ciudad, a excepción de su encantada y amada Salamanca, la de las piedras de oro, y de su nativo Bilbao.

Gustaba del silencio de los huertos solitarios y de los claustros, y en los de Guadalupe, como el Emperador Carlos ante los de Yuste, al admirarlos no pudo resistirse a escribir que había sentido la tentación que otras veces la había asaltado de "abandonar estas luchas y trabajos en que estoy metido y darme a ver pasar la vida en meditación y sosiego".

Caminaba por España, con tormento para los pies —decía— y delicia para los ojos. "Los que hablan de Castilla, León y Extremadura —escribe— como si no fuesen más que pelados parameros, desnudos de árboles, abrasados por los soles y los hielos, áridos y tristes, no han visto estas tierras sino al correr del tren y muy parcialmente. Donde en estas mesetas se yergue una sierra, tened por seguro que en el seno de ella se esconden valles que superan en verdad, en frescor, y en hermosura a los más celebrados que existan. Por mi parte, prefiero los paisajes serranos de Castilla y Extremadura. Son más ricos, más graves, más frágiles, menos de cromo. Están además menos profanados".

De las ciudades "donde existen los tenderos enriquecidos", las que más le gustan son Avila y Segovia, con panorama parecido al de su adorada Salamanca. De Avila piensa que Santa Teresa no hubiera podido escribir la profundidad de "Las Moradas" sin el encanto de la visión de su ciudad natal. Geografía especial y personal, como todo lo suyo.

Para Unamuno las viejas y bellas colegiastas montañesas son algo como del paisaje mismo, tan del suelo como los castaños. La Montaña para él es una paz triste "un paisaje musical, pero de música litúrgica gregoriana, de muy pocas notas y ellas con órgano".

Obsesionado por la soledad escribe: "Si no sabemos querernos es porque no sabemos estar solos. Solo en la soledad, rota por ella la espesa costra del pudor que nos separa a los unos de los otros y de Dios a todos, no tenemos secretos para Dios: sólo en la soledad alzamos nuestro corazón al Corazón del Universo; sólo en la soledad brota de nuestra alma el himno redentor de la confesión suprema. No hay más diálogo verdadero que el diálogo que entables contigo mismo y este diálogo puedes entablártelo estando a solas. En la soledad y sólo en la soledad puedes conocerte a tí mismo como prójimo; y mientras no te conozcas a tí mismo como prójimo, no podrás ver en tus prójimos otros yos. Si quieres aprender a amar a los otros recógete en tí mismo... Reconocerá la sociedad humana que sólo los solitarios contribuyen más que los



demás hombres a formarla. No es menester estar en medio de los hombres para guiarlos".

Tendríamos mucho que decir si nos detuviéramos ante el tremendo duelo que en su interior angustiado mantuvieron vida, fama, e inmortalidad, contra muerte, olvido y nada, entre atormentadas y esperanzadoras miradas a Dios. Su noche oscura, al revés de San Juan de la Cruz, le duró hasta el fin, sin que lograra saciar su sed en las frescas "aguas de vida".

Imaginemos, a Fray Luis de León y a Unamuno asomados el uno a la ventana de un Convento Salmantino y el otro al balcón de la famosa casa de "los muertos".

Al apagarse la luz del día, un anchísimo cielo se llena de incontables estrellas brillantes, y ante el silencio de las cosas, los dos, inician su valiente diálogo con la inmensidad aparecida.

En Fray Luis la contemplación de la grandeza que le muestra la noche serena, nuncio de la eterna realidad para la que las almas fueron creadas, le llena de ansias de amor y pena que remueven su interior hasta lo más profundo.

Olvidado de sí y de la belleza que contempla, quiere que los demás atiendan al callado mensaje de lo eterno, y engolfándose en la consoladora consideración de la vida que aguarda tras la muerte, le vemos retirarse con lágrimas de gozo, amor, pena y ansias vivas.

En Unamuno, en cambio, la hermosa contemplación se trueca en fuente de angustioso y acosante interrogante. El, como un asceta cristiano, tiene plena conciencia de la insignificancia física de su yo frente al inmenso firmamento, y también en el mismo cristianismo aprendió que superaba su valor y perennidad a toda su ciega materia.

Ahora bien —y aquí surge el inconforme— inseguro de que Dios siguiera manteniendo eternamente a ese pequeño ser llamado Unamuno, pregunta aterrado a los astros y, pretendiendo desentrañar los tremendos jeroglíficos trazados por la mano de Dios en el espacio, atormenta, tortura su espíritu con acosantes preguntas.

¿Qué es lo que hay del otro lado del espacio...?

He aquí cómo la misma noche serena que a Fray Luis acogió y encendió en ansias, gozo, amor y pena, hace andar a Unamuno en dudas y en angustias.

Y aunque su admirado unas veces y discutido otras, Pascal, había dicho que el hombre está hecho para el infinito, él —Unamuno— se estremeaba, ante el silencio eterno, de esos espacios infinitos y sin llegar nunca al gozo y certidumbre, alimentará, sin embargo, siempre una dulce esperanza salvadora en el mismo silencio de la inmensidad que torturado admira.

Vestido como un clérigo "a la paisana", llevaba consigo siempre un Cristo. Y cuando vió que ese Cristo faltaba en el barro del busto que le estaba haciendo su amigo el gran escultor Victorio Macho, él mismo, Unamuno, con sus manos temblorosas lo reprodujo. Ni en figura quería que su Cristo le faltase.

La inquietud de su torturado espíritu le hacía ir todos los días al Convento dominico de San Esteban. Eran sus interlocutores el Padre Juan Arintero, muerto en olor de santidad, y el padre Matías García. Más buscaba el encuentro con el Padre Arintero que con el Padre García. Sus diálogos largos, eran vivos, pero siempre anhelados y buscados por Unamuno. Se sentía fuera de sí, se sentía como desconcertado, cuando por cualquier fortuita circunstancia no los podía sostener, pues los necesitaba y siempre, siempre, terminaban de la misma manera: "Padre, a pesar de todo, no cree" y el Padre, indefectiblemente rápido, le refutaba: "Es que te falta humildad".

Según el Padre Sauras, gran testigo, aquellos diálogos acababan a veces en punta; pero el gran afecto que se tenían los dos lo superaba todo. Al día siguiente, ya estaba Don Miguel buscando al Padre Arintero para tratar siempre de los mismos problemas.

También con mucha frecuencia dialogaba con el Padre Matías García, pero a este Padre, de genio más vivaz y contundente tesis, Unamuno no quería plantear problemas de fé, porque decía que era el único que le dejaba sin palabra.

Unamuno obsesionado con la duda, hizo vida con los frailes en su campestre retiro conocido como "la Peña de Francia" en las cercanías de Salamanca, ocupando un celda entre los novicios dominicos que le respetaban y le conocían. Esta vida la tiene Unamuno magníficamente

descrita en dos capítulos de "Visiones y andanzas españolas". Buscaba la discusión con ellos sobre los mismos problemas espirituales que a él le embargaban y llegada la hora del rezo del Rosario de la Comunidad, Don Miguel —todo contradicción e inconformidad— asistía también. A algún novicio, a quien llamaba la atención esta presencia poco en consonancia con las dudas que momentos antes les había expuesto, Don Miguel le salía al paso con una vulgaridad; "Donde fueres haz lo que vieres". Pero lo más sorprendente es que rezaba el rosario y, para que se le distinguiera, lo hacía en tono muy desacorde al de la comunidad.

No tuvo Unamuno, Dios no lo quiso, la fé tranquila de quien descansa ya en este mundo como anticipación del descanso en el otro; pero tampoco tuvo ese otro aparente sosiego del incrédulo que no tiene a Dios ni sufre de su ausencia. Su vida, como dice Aguado, desde bien temprano fué un interminable ensayo, una implacable ascesis; fue lo que se llama escepticismo con un cierto menosprecio mundano en busca de la verdad absoluta. Vivió en una perpétua agonía espiritual en busca de la fe. Por eso pudo escribir su libro llamado "Del sentimiento trágico de la vida".

En su Convento, donde se forman los dominicos en Salamanca, el de San Esteban, casi al lado de su lugar preferido, el claustro de los Algibes que data del siglo XV y donde como un niño se asomaba al brocal de uno de dichos algibes para escuchar el eco de sus voces, se le hicieron solemnes funerales.

Mientras se cantaba el ofertorio, el fraile hierático y encapuchado que tenía a mi izquierda, —dice el catedrático D. José Todoli—, extendió la mano y puso sobre mi libro de rezo una estampa. Al dorso se leía la primera estrofa de la "Oración Final" del unamuniano "Cristo de Velázquez".

"Tu, que callas, Oh Cristo, por oírnos,  
oye de nuestros pechos los sollozos:  
Acoge nuestras quejas, los gemidos  
de este valle de lágrimas".

